
El pueblo que no quería crecer



Polibio de Arcadia
(Ikram Antaki)



OCEANO

ÍNDICE

Elementos de una génesis, 31

Los antecesores, 31

La infancia de un pueblo, 32

El movimiento, 32

La mentira, 34

La forma, 35

La razón, 36

El conocimiento, 42

La universalidad, 43

La atomización, 44

Los hombres y su mundo, 47

El individuo y la comunidad, 47

La formación, 50

Los indígenas, 52

El mundo de las ideas, 54

La libertad, 57

La voluntad, 62

La responsabilidad, 63

La liviandad, 64

La inferioridad, 71

Lo posible, lo imposible, lo necesario, 77

La naturaleza, 79

La realidad, 81

La verdad, 83

El error, 89

La moral, 90

La justicia, 96

La política, 105

El accidente, 115

El amor, 115

La despedida, 119

Existe una historia de los rechazos de la historia. Nos hemos ignorado.

Su mundo no ha necesitado de nuestros hombres, ni éstos lo han necesitado. ¿Qué saben de nosotros? Las lamentaciones de los profetas, el libro de Job, la guerra de Troya, la errancia de Ulises, el castigo de Prometeo, la pasión de los mártires... ¿Qué sabíamos de ellos?

Mi oficio es viajar para saber. He tratado de estructurar una ciencia, investigar y dar respuesta a las cuestiones inevitables, vitales, de la violencia, del amor, la educación, la juventud, los demás, la lejanía, la vejez, la amistad, la virtud, la bondad y la maldad. Las respuestas venían menos de los libros que de la experiencia dolorosa de las cosas. Aquél que no construye un mundo con sus propias manos, con lealtad y empeño, jamás logrará comprenderlo. Hoy quiero decir, con el menor impudor posible, mi paso por estas latitudes y por estas fortunas.

He caminado por el círculo de los círculos que es la enciclopedia y he encontrado su diversidad. Creí a veces leer en él la clasificación total del género; ahí está, siempre y en todas partes, parecido a sí mismo, herido, doloroso y, si nadie lo agrade demasiado, valiente, tonto y generoso. Es decir, esencialmente lastimoso.

Yo nací entre los aqueos que sufrieron por sus miserias; a ellos los despertó la intuición de su muerte precoz, y construyeron una civilización sobre este luto. Encontré a un pueblo que se había despedido de la tragedia y, si no lograron siquiera pensarla, ¿cómo podrían lograr entonces domesticar las tragedias de su vida y de su historia? Encontré un pueblo dedicado a producir presentes, olvidándose del tiempo y del futuro. Su saber databa de pocos años, el mío tenía milenios. Su moral era ligera, la mía pesaba como las montañas. Observé detenidamente y supe que había que revisar la historia de las relaciones entre el derecho y la vida. Entre la época en que los hombres inmolan a una víctima en sacrificio y el momento en que ocurre un proceso y un juicio, la razón había caminado, pero ellos seguían viviendo en el tiempo de las víctimas; la violencia resumía el relato de sus relaciones y su espíritu se había vuelto el principio multiplicador de su brutalidad. El poderoso, el fuerte, el que descubre los dientes, parecía a mis ojos bestial. He visto pasar a esta bestia temible en los muros pintados de los viejos templos y en sus estatuas. Sigo escuchando cómo salen de sus bocas rumores de venganzas que han sido y serán siempre la fuente de todas las mediocridades. Por supuesto que tengo que recordar su génesis: en él yace el dolor. Este rumor ancestral persiste como un irreprimible testimonio de su desgracia pasada. Por supuesto, han sufrido la fuerza de terribles opresiones pero sus problemas ya no son susceptibles de soluciones judiciales; su mal se ha vuelto general, recurrente en la historia, estable. ¿Cómo identificar a aquellos que cargan con la responsabilidad del desorden? ¿Cómo acusar a uno o más: los padres, los hombres, los explotadores, los blancos, el Estado, la Iglesia, la ciencia...? Cada quien era una parcela del desastre; y la nación integraba las relaciones de esas partes. ¿Quién era el enemigo? A menudo,

el aliado más cercano, o el conjunto de los amigos. Todo ello exige hablar de un paisaje de maldad. No pretendo corregir nada; no sobreviviría sin ese entorno total. Los problemas han dejado a la naturaleza para refugiarse en la sociedad; dejaron las cosas y se metieron en la casa de los hombres. Pero sabemos que esta historia avanza más por sus problemas que por sus pretendidas victorias. Así que tendrán que resolver entre ellos, y en primer término, el asunto de la dominación; es decir: el poder.

Sabemos de algunas experiencias históricas recientes donde el rápido remplazo de un explotador por un tirano y de un vencedor por su antigua víctima, no hicieron que nada cambiara realmente. Porque, en todo caso, se habrían acelerado los modos de ser, olvidando las relaciones. Pareciera que el mundo quisiese dejar de vivir en la necesidad para instalarse en la sola modalidad. Pareciera que la búsqueda de soluciones de fuerza ha llevado al olvido de pensar en la fragilidad de los seres y de las cosas. Quiero recordarles, antes de hacer el recuento de sus características y sus defectos, que nuestras capacidades vienen de nuestras debilidades y nuestra eficacia de nuestra fragilidad. El hombre grande es a menudo orgulloso; el valiente es falto de prudencia; el generoso es derrochador; asimismo, el hombre muere por donde peca: el goloso se indigesta y vomita. Y juntas van sabiduría y fragilidad.

He escuchado los lamentos de quinientos años de quejas contra los españoles y su conquista. No fue lo peor que les ha sucedido, pero la queja pertenecía a la herencia canónica y ¡cuán lentamente pasan las cosas canonizadas! Éste es su prejuicio, y cuidarse de los prejuicios es mucho más difícil de lo que se cree. La queja alcanzaba también el racismo ajeno, pero el suyo no